

males verdaderos, y tener miedo para seguir los caminos de la virtud, en donde únicamente se encuentra felicidad verdadera, y aquella dulce paz de todos deseada?

#### JACULATORIAS.

*Deus meus adjutor meus, et sperabo in eum.* Salm. 17.  
Mi Dios es toda mi ayuda, y en él colocaré toda mi esperanza.

*Laudans invocabo Dominum, et ab inimicis meis salvus ero.* Ibid.

Invocaré á mi Señor con cánticos de alabanza, y conseguiré de mis enemigos una entera victoria.

#### PROPOSITOS.

1. Es constante que los primeros cristianos nos llenan de admiracion con sus gloriosos vencimientos, que eran consecuencias forzosas de la fortaleza divina con que estaban guarnecidas sus almas. Es igualmente cierto, que esta fortaleza era una virtud, un don del cielo, que ellos procuraban de la misericordia de nuestro Dios, por medio de su vida santa é inculpable. De esto se sigue que, imitándolos en los medios, precisamente hemos de conseguir los mismos fines. Cuando la virtud exigiese de nosotros el sacrificio de la vida, las mismas consideraciones que hicieron que los mártires la pospusiesen á la muerte gloriosa, deberian causar en nosotros una generosidad santa para ofrecerla á los piés de Jesucristo. La vida no es amable sino en cuanto puede proporcionarnos una buena muerte, que es principio de otra vida mucho mejor y mas duradera. Por esta se hacen con razon todos los sacrificios, y aun la vida temporal ha sido justamente uno de ellos, como se ve en todos los mártires. Por eso dice san Agustin(1): Nada hace que la muerte sea mala,

(1) Lib. 1, Civit. Dei c. 44.

sino lo que se sigue á la muerte. Por tanto, supuesto que se ha de morir, nuestro cuidado no ha de ser cómo hemos de morir, sino adónde iremos despues de la muerte. Porque sabiendo como saben los cristianos, cuánto mejor y mas preciosa fué la muerte del pobre Lázaro entre la miseria y los perros, que la del rico impío entre púrpuras y brocados, deben inferir que la muerte, por horrorosa que sea, ningun daño acarrea á aquellos que han sido virtuosos en vida.

2. Mi Dios, y mi Redentor: vos mismo habeis confirmado esta doctrina con vuestra santísima vida, llena de trabajos y persecuciones, y con una muerte la mas ignominiosa y sangrienta. Aunque me cueste el mayor dolor hacer violencia á mis pasiones, yo propongo firmemente abrazar vuestra ley santa, y cumplir exactamente vuestros preceptos. Yo confio que me daréis aquella fortaleza que disteis á vuestros esforzados mártires para poner por obra mis deseos; y ayudado de vuestra divina gracia, ni temeré las asechanzas de mis enemigos, ni habrá penas, tormentos ni penalidades en este mundo, que no sufra con gusto para mantenerme constante en estos saludables propósitos.

---

#### SAN MELECIO, OBISPO Y CONFESOR.

San Melecio, de quien san Juan Crisóstomo y san Gregorio Niseno hacen tan magnifico elogio, nació en Melitene, ciudad de la Armenia Menor, hacia el principio del cuarto siglo. Su familia era de las mas nobles del pais; fué de un natural tan dulce, tan apacible, tan amigo de dar gusto á todos, y de una inclinacion tan naturalmente propensa á todo lo bueno, que parecia en él innata la virtud. Desde la niñez fué su vida irreprochable; su modestia, su mansedumbre, la inocencia de sus costumbres y sus graciosísimas modales

le ganaron el cariño y el amor de cuantos le conocian; pero su piedad, su excelente ingenio y su sabiduria, además del amor y del cariño, le granjearon la estimacion y el respeto.

Desolaba la Iglesia de oriente la herejia arriana, apoyada con la autoridad del emperador Constancio. Ensoberbecida con sus conquistas y con el crédito en que estaba, habia encendido una cruel guerra entre los católicos y los arrianos; el odio entre los dos partidos era mutuo; ardia todo el oriente, y no se veia en él sino cisma y division. La eminente virtud de nuestro santo brillaba con resplandor tan sobresaliente, que le habia hecho superior aun á la misma envidia; y, lo que se ve muy raras veces, igualmente le habia merecido la estimacion de los arrianos que de los católicos. Su reputacion de hombre prudente, recto, sincero, piadoso é irrepreensible en sus costumbres, resonaba en todas partes; y casi se puede decir que esta misma general reputacion, y el haber sido su mérito tan indisputable y tan universalmente reconocido de todos, en cierta manera hubo de perjudicar al concepto de la pureza de su fe, en la aprehension vulgar de aquellos que no creen pueda uno merecer la estimacion de los enemigos de la Religion, y ser católico.

En esta general estimacion se hallaba Melecio cuando vacó la sede episcopal de Sebaste en Armenia, por la deposicion de su obispo Eustatio. No hubo mucho que deliberar en la eleccion de sucesor. Por unánime consentimiento fué nombrado Melecio; siendo lo mas singular de su promocion, que hasta los arrianos de la faccion de Acacio, que eran los mas poderosos, concurren voluntariamente con sus votos, lo que hizo dudar por algun tiempo de la pureza de su fe; pero presto dispipó estas sombras la rectitud de su conducta. Apenas se vió obispo, cuando se aplicó á des-

empeñar todas sus obligaciones. Su celo y su caridad episcopal, sazoadas siempre con aquella cristiana dulzura que era en parte su carácter, le hacia proceder en todo como verdadero pastor. Pero este pastor celoso tuvo la desgracia de encontrarse con un rebaño tan indócil, que, habiendo experimentado ser inútiles cuantos esfuerzos hizo por reducirle á su deber, dejó el obispado y se retiró á la soledad, para entregarse á la contemplacion y gozar en ella el sosiego de una vida privada. Creciendo el amor al retiro con el gusto que experimentaba en aquel dulce reposo, y viendo que ya comenzaban á honrar su virtud mas de lo que quisiera, turbando su amada soledad el concurso de gentes, resolvió pasar á Beréa en Siria, para vivir allí desconocido, haciéndose invisible, si pudiese ser, á todos los mortales.

Pero eran muy otros los intentos de la divina Providencia. No queria que tan grande antorcha estuviese escondida, y destinaba á Melecio para una vida mas laboriosa. Treinta años habia que la iglesia de Antioquia estaba gimiendo bajo la tirania de los arrianos. Habiendo sido arrojado de la silla Eudoxio, que por los artificios de la faccion arriana la habia usurpado; los católicos y los herejes, cada cuales por su parte, trabajaban con el mayor empeño en hacer elegir un patriarca de su partido. Compadecido Dios de aquella afligida iglesia, dispuso con amorosa providencia que, en lo mas fuerte de la disputa, unos y otros pusiesen los ojos en Melecio. Los católicos estaban bien persuadidos de la solidez de su virtud, y los arrianos, sabiendo que los de su faccion habian dado su consentimiento para que fuese obispo de Sebaste, no desconfiaban de él. Y en fin, conociéndole todos por un hombre muy elocuente, de un natural dulce, amigo de hacer bien, muy propio para conciliar los ánimos y unir los corazones, irrepreensible en sus costumbres, y general-

mente estimado de todo el mundo, esperaron hallar en él un digno prelado. De esta manera los arrianos, que manejaban la corte, suplicaron al emperador Constancio, que se hallaba á la sazón en Antioquia, diese su imperial consentimiento para que Melecio fuese colocado en la sede patriarcal, y los católicos consintieron con toda el alma en esta eleccion, no estando menos asegurados de la pureza de su fe que de la santidad de su vida.

Cuando llegó al santo la noticia de haber sido nombrado patriarca de Antioquia, estuvo inconsolable. Haciale insufrible esta pesada carga el amor que tenia á la soledad. No perdonó á medio alguno para echarla de sus hombros, y resolvió buscar su seguridad en la fuga; pero como se tenia bien prevista su repugnancia, se habian tomado eficaces providencias para precaverla. Al fin se vió precisado á rendirse á las órdenes del emperador y á la eleccion de los obispos. Fué conducido desde Beréa á Antioquia, y fué tan universal el gozo por su eleccion, que no solo le salieron á recibir los obispos que en gran número estaban juntos en la ciudad, el clero y todo el pueblo, sino que hasta los judios, hasta los mismos paganos, atraidos por su reputacion, concurrieron de todas partes para verle y para tener parte en la alegría pública. Su entrada parecia un verdadero triunfo; semejante en alguna manera á la de Cristo en Jerusalem, pues fué recibido con públicas aclamaciones en una ciudad de donde bien presto habia de ser arrojado con insolencia.

Luego que se sentó en la silla patriarcal, conoció que los dos partidos estaban impacientes hasta saber si se declararia por los arrianos ó por los católicos; pero como era en extremo prudente y detenido, se aplicó ante todas cosas á ganar los corazones, persuadido á que presto conseguiria unir en una misma fe todos los espiritus, como lograrse la confianza de

todos. Contentóse á los principios únicamente con predicar la reforma de las costumbres y el ejercicio de las virtudes cristianas. Iban sus ejemplos delante de sus sermones, y se conoció presto su eficacia, porque predicaba mas su modestia, su regularidad, su caridad y su porte edificativo que sus palabras. Nunca bajó del púlpito sin alguna insigne conversion; no solo cautivaba la singular gracia que el Señor comunicaba á las verdades mas fuertes en su boca, sino aquella humildad profunda, aquel olor de santidad que exhalaba en todas sus acciones. Admiraba la inmensa caridad con que su corazon abrazaba á todo género de personas; los pobres publicaban en todas partes su liberalidad; cada cual elogiaba aquella afabilidad, aquella dulzura; y el feliz conjunto de prendas tan nobles y tan sobresalientes, le hacian amable á todo el mundo.

No pasó mucho tiempo sin que se experimentase que esta apacibilidad y este sufrimiento no eran especie de indolencia natural, ó efecto puro de un temperamento blando, sino que iban acompañados de una fortaleza invencible cuando se atravesaban los intereses de la Religion y de la Iglesia.

Deseando saber los arrianos si podian contar con su nuevo patriarca, suplicaron al emperador Constancio que procurase sondearle, estrechándole á que se explicase en orden á lo que creia. Consintió en ello el emperador, y para hacerlo con mayor seguridad, á mas de Melecio, escogió entre los demás prelados los que eran tenidos por mas hábiles, y quiso que explicasen, en plena asamblea y en su presencia, estas palabras de la Escritura de que abusaban los arrianos para autorizar sus errores y para destruir la consustancialidad del Verbo: *El Señor me crió en el principio de sus caminos*. Jorge, obispo de Laodicéa, hombre político y poco arreglado, habló el primero, y

habló como verdadero arriano. Acacio, obispo de Cesarea, hombre ambicioso, que solo trataba de lisonjear al emperador, le siguió y explicó dichas palabras como verdadero hereje. Habló el tercero Melecio, y las explicó en un sentido tan católico, con tanta elocuencia y con tanta dignidad; probó la consustancialidad del Verbo con unas razones tan claras, tan enérgicas; demostró tan visiblemente los errores de los arrianos, y puso tan patente la impiedad de sus dogmas, que, desesperados de verse como engañados, allí mismo dieron á entender con estrépito furioso su indignacion y su cólera. Un diácono tuvo la insolencia de taparle la boca con la mano; pero el santo patriarca explicaba por señas lo que no podia con la lengua; y desembarazado de aquel atrevido, declaró al pueblo y á todo el clero la igualdad de las tres personas de la santísima Trinidad en la unidad de un solo Dios, con tanta precision, con tanta limpieza, que creyeron que era un ángel que hablaba por la boca de Melecio.

Furiosos los arrianos á vista de una profesion tan pública, tan católica y tan ruidosa de la fe del patriarca, persuadieron al emperador que le arrojase de su silla. Vino en ello aquel mal aconsejado príncipe, y el mismo día le desterró á Armenia; pero no se atrevieron á sacarle de día de la ciudad, porque el amor, el respeto y la estimacion del pueblo á su santo pastor habia subido tan de punto en el corto espacio de menos de un mes, dice san Crisóstomo, que ponian su nombre á sus hijos, y á los católicos no se les llamaba ya sino Melecianos. Viendo san Eusebio de Samosata cuan indignamenté se trataba al santo prelado, se salió de la asamblea y se retiró á su obispado. Llevaba consigo el acta de la eleccion del patriarca Melecio, y los arrianos despacharon tras de él á un criado del emperador para pedírsela de parte de este príncipe. Resistiéndose Eusebio á entregarla, se le despachó segundo

correo con orden de que la entregase al instante; y cuando no, que se le cortaria la mano derecha. Apenas leyó el santo la orden del emperador, cuando presentó al portador entrambas manos para que se las cortase; firmeza de ánimo que no pudo dejar de admirar el mismo emperador, elogiándola públicamente. Habiendo quedado solo en el trono imperial Juliano Apóstata por muerte de Constancio, llamó del destierro á todos los que estaban condenados á él por su predecesor. En virtud de este edicto se restituyó á su iglesia san Melecio hácia el fin del año 362, y tuvo el disgusto de hallar introducido el cisma y la division aun entre los mismos católicos. Trabajó mucho, pero en vano, el santo pastor en unirlos á su rebaño. Estaban los ánimos tan enconados, y tan irritados los corazones, que no surtieron efecto sus solicitudes y sus fatigas. Para mayor afliccion suya, el emperador Juliano Apóstata, enemigo mortal de los cristianos, habia escogido la ciudad de Antioquia por silla del paganismo. Fácilmente se deja discurrir cuanto tendria que padecer el santo prelado, así de los herejes como de los gentiles. No por eso aflojó nada en su celo, en su piedad, en su vigor, á pesar de las amenazas del príncipe idólatra. Irritóse muy presto el apóstata emperador por su solicitud pastoral, y le envió desterrado; de suerte que, en menos de tres años, se vió el santo dos veces arrojado de su silla. Muerto poco despues Juliano Apóstata, su sucesor Joviano, príncipe piadoso, llamó del destierro á san Melecio. Entonces se conoció visiblemente que el interés y la ambicion son los que reglan la conducta de los herejes, y que no tienen mas religion que la que domina en la corte. Aquel mismo Acacio que habia sido jefe ó cabeza de los semi-arrianos, viendo al emperador altamente declarado por la fe del concilio de Nicéa, asistió á un sinodo convocado por san Melecio, y suscribió con

los demás una profesion enteramente católica; pero no habiendo reinado mas que ocho meses el piadoso emperador Joviano, Valente su sucesor turbó luego la paz de la Iglesia, favoreciendo descubiertamente á los herejes. Durante estas revoluciones fué siempre igual el celo de san Melecio, sin desmentirse jamás su virtud y su vigilancia; y tuvo el consuelo de educar él mismo, por espacio de tres años, al grande san Juan Crisóstomo.

Habiendo venido á Antioquía el emperador Valente hácia el fin del año 371, hizo cuanto pudo por ganar para su partido al santo patriarca; pero hallándole incontrastable, le desterró á lo último de la Armenia. Amotinóse el pueblo resuelto á embarazarlo; pero el santo le apaciguó, y él mismo se puso delante del oficial que le conducia, para estorbar que le matasen á pedradas. Muerto desastradamente el emperador Valente, su sucesor Graciano, principe católico, llamó del destierro á san Melecio. La gloria de haber padecido tres destierros en defensa de la fe, le hizo mas amable y mas venerable á su pueblo. Con su dulzura y con sus bellos modales venció en fin la obstinacion de su competidor el obispo Paulino; y aunque su avanzada edad y los grandes trabajos que habia padecido era de pensar le inhabilitasen para nuevas fatigas corporales, con todo eso quiso visitar todo su obispado. Hizo en esta visita infinitos bienes, convirtió á muchos arrianos, y reformó las costumbres de los católicos. Celebró en Antioquía uno de los mas ilustres concilios que se tuvieron en oriente, por el número de santos y sabios prelados que concurrieron. En él se confirmó la fe del concilio de Nicéa, fueron confundidos los herejes, y quedó la paz de la Iglesia dichosamente restablecida.

Queriendo Graciano vengar la muerte de su tío el emperador Valente, envió contra los godos al general

Teodosio. Habiéndolos este derrotado, la noche siguiente tuvo una vision en la que se le presentó un venerable anciano en traje de obispo, que le revestia la púrpura imperial. Poco tiempo despues fué asociado al imperio por Graciano, que le cedió todo el oriente. Resuelto á procurar la paz de la Iglesia desolada con tantas parcialidades, dispuso se convocase en Constantinopla un concilio compuesto de mas de ciento y cincuenta obispos católicos. Concurrió á él san Melecio; y apenas le vió Teodosio, cuando conoció que era aquel mismo prelado que se le habia aparecido en sueños antes de ascender al imperio, figurándosele que le revestia el manto y la diadema imperial. Levantóse al punto de su trono, corrió exhalado á él, y le rindió todas las honras y todos los respetos que pedian la gratitud y la veneracion. Presidió nuestro santo en el concilio como patriarca de Antioquía, dando en él ilustres testimonios de su profunda sabiduria, de su cristiana elocuencia, de la pureza de su fe y de su eminente santidad. Durante este concilio quiso Dios premiar los trabajos y las heróicas virtudes de este gran santo, poniendo dichoso fin á su gloriosa carrera el dia 12 de febrero del año 381, lleno de dias y de merecimientos.

Nunca funerales se parecieron mas á un triunfo que los que se hicieron á nuestro santo. Asistieron á ellos todos los padres del concilio, todo el clero y el mismo emperador. Pronunció su oracion fúnebre, ó por mejor decir su panegírico, san Anfiloquio, obispo de Icona. El dia de las honras, que se celebraron en la catedral, asistiendo tambien á ellas el emperador, pronunció otra elocuentisima oracion san Gregorio Niseno, y quiso Dios confirmar la opinion que se tenia de la santidad de nuestro santo con muchos milagros. Fué conducido su cadáver á Antioquía con toda la pompa correspondiente á la veneracion que los pue-

blos le profesaban, y cinco años despues pronunció san Juan Crisóstomo en honor de su venerable memoria aquella bella oracion que se conserva entre sus obras.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Barcelona en España, santa Eulalia, virgen, que sufrió en tiempo del emperador Diocleciano los tormentos del caballete, de las uñas de hierro y del fuego, y por último, enclavada en una cruz, alcanzó la gloriosa corona del martirio.

En Africa, san Damian, soldado y mártir.

En Cartago, los santos mártires Modesto y Julian.

En Benevento, san Modesto, diácono y mártir.

En Alejandria, los santos niños Modesto y Amonio, mártires.

En Antioquía, san Melecio, obispo, que estuvo desterrado muchas veces por la fe católica, y murió por último en paz en Constantinopla. San Juan Crisóstomo y san Gregorio Niseno han celebrado sus virtudes con magníficos elogios.

En Constantinopla, san Antonio, obispo, en la época del emperador Leon VI.

En Verona, san Gaudencio, obispo y confesor.

*La misa es la que se dice del comun de los confesores pontifices, y la oracion la que sigue.*

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Melecii, confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus: et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum.

Oye, Señor, la súplica que te hacemos en la solemnidad de tu confesor y pontifice el bienaventurado Melecio; y por los merecimientos de aquel que tan dignamente te sirvió, libranos de todos nuestros pecados: Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epistola es del cap. 5 del apóstol san Pablo á los Hebreos.*

Fratres: Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum, ut offerat dona, et sacrificia pro peccatis: qui condolere possit iis qui ignorant et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea debet quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo, tanquam Aaron.

Hermanos: Todo pontifice tomado de entre los hombres, preside en beneficio de los hombres en todas aquellas cosas que miran á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados: el cual pueda tener compasion de los ignorantes y de los que yerran; porque tambien él mismo está rodeado de flaqueza: y por esto debe ofrecer sacrificio por los pecados, de la manera que por el pueblo, así tambien por sí mismo. Ni tal honor se le toma para sí cualquiera, sino aquel que es llamado de Dios, como Aaron.

#### NOTA.

«Escribióse esta carta á los Hebreos antes de la destrucción del templo de Jerusalem, como se reconoce por lo que dice el apóstol acerca de los sacerdotes y de los sacrificios de la ley. Da bastantemente á entender que estaba en Italia cuando la escribió; pues dice al fin de la carta: Los hermanos de Italia os saludan; y los santos Padres no dudan que se escribió desde la misma ciudad de Roma.»

#### REFLEXIONES.

*Qui condolere possit iis qui ignorant et errant:* de suerte que sepa compadecerse de los ignorantes y de los descaminados. No hay almas mas dignas de compasion que aquellas que, pudiendo fácilmente instruirse del camino que llevan, y pudiendo informarse con facilidad si van descaminadas ó derechas, voluntaria-

mente yerran el camino en la mitad del día. A la verdad, no ignoran su religion; saben bien cuales son las máximas del Evangelio; pero caso que estén menos instruidas ¿cuántos pastores celosos, cuántos predicadores sabios, cuántos confesores santos y doctos hallarán que las enseñen cuál es el camino que lleva á la perdicion y cuál el que conduce á la vida? El día de hoy, en punto de salvacion ninguno se descamina por ignorancia; descaminanse sí muchos en una vida entregada á los deleites, en una vida regalona y licenciosa; pero se descaminan porque quieren.

Nada asombra más que la ansia con que en el mundo procuran todos divertirse; y esto, profesando una religion que nada predica tanto como la cruz y la mortificacion de las pasiones. Ya las diversiones se han hecho moda en todos tiempos y en todas edades. No se pregunta ya si conviene ó no conviene á un cristiano darse á una vida holgazana, divertida y deliciosa; los que no pueden entregarse á este género de vida son reputados por unos hombres infelices, dignos de lástima y compasion. Con todo eso, estos cristianos que viven de esta manera, creen en nuestro Evangelio; es decir, que al mismo tiempo que viven entregados á los placeres, están prontos á derramar su sangre para defender que aquella no es vida cristiana, y que no puede ser discipulo de Cristo el que cada día no toma su cruz, el que no se mortifica cada día. ¿Encontrarás, imaginarás acaso contradiccion mas monstruosa? Sin embargo, esta contradiccion nos representa la conducta de la mayor parte de los hombres del mundo. ¿Qué se puede inferir de estos antecedentes? ¿Qué fin se puede esperar de estas consecuencias?

Divertimonos, es cierto, dicen los mundanos; pero no se hace mal ninguno en todas estas diversiones; es decir que á un cristiano, en opinion de los

hijos del siglo, le es licito pasar los días de su vida en un eterno olvido de Dios. Ya se sabe que las primeras horas del día se emplean en vestirse, en componerse, en salir á la calle con todo lucimiento; las restantes se las llevan las visitas, los cortejos, la caza, la comedia, los paseos, el juego, el baile ú otros empleos nada inocentes. Si este plan de vida se presentase á un gentil ¿haría juicio que era el plan de una vida cristiana?

No hacemos ningun mal. ¿Quién te lo dice? ¿No es harto mal el no hacer ningun bien, cuando estás obligado á hacerlo á todas horas, y has de ser irremisiblemente reprobado por el que dejaste de hacer?

No hacemos ningun mal. Pues qué, ¿una vida consumada en mil inutilidades; una vida embriagada, por decirlo así, de ociosidad, de delicadeza y de pasatiempos, es una vida cristiana? Y ¿puede hacerse mayor mal que no vivir cristianamente?

Una alma sin gracia es como tierra seca y sin agua, incapaz de producir fruto bueno. Gracia sin correspondencia y sin buenas obras, son talentos enterrados de los cuales se ha de dar una espantosa cuenta. Y una vida toda entregada, toda repartida sucesivamente entre los negocios y las diversiones del mundo, ¿será muy propia para beneficiar estos talentos, de que el mundo hace tan poco caso, aunque son de tanto valor?

Esa vicisitud, y no pocas veces esa mezcla, esa concurrencia de negociaciones, de citas, de convites, de juntas, de conversaciones, de funciones, de espectáculos, ¿dejan aquella paz interior, aquel sosiego, aquella vigilancia que es tan necesaria para estar alerta contra las tentaciones, para dar oídos á la voz de Dios, para corresponder al llamamiento de su gracia? Los corrillos ¿son lugares oportunos para negociar con este tesoro? ¿Mi Dios, qué gracias perdidas! ¿Y será pequeño mal esta irreparable pérdida?

No hacemos ningun mal. ¿Y se podrá oír esta pro-

posicion sin que el espíritu, y aun la misma razon natural se levanten contra ella? ¿Qué hombre del mundo hay cuya ciencia no desmienta altamente una falsedad tan atrevida? Por poco conocimiento que se tenga del mundo, ¿con qué cara se atreverá nadie á afirmar que esos espectáculos públicos, famosa escuela de todas las pasiones, ó si es licito explicarme así, cuartel general de todos los vicios, son sencillos, son inocentes? ¿Con que no se hace ningun mal en esos entretenimientos familiares, tiernos y amorosos? ¿con que no se hace ningun mal en esas conversaciones, donde no pocas veces el menor crimen es la murmuracion mas delicada y mas fina; en esos juegos, en que frecuentemente lo menos que se pierde es el dinero; en esas partidas de diversion, en que la licencia parece haber adquirido derecho para desterrar la vergüenza y el pudor; en esa entretenida ociosidad, donde se pasan horas enteras en beber veneno por los ojos en libros emponzoñados; en esos descompuestos convites, donde reinan la intemperancia, la licencia y el atolondramiento? Finalmente, ¿hay valor para decir que no se hace ningun mal, donde todo es tentacion, donde todo es lazos, donde todo es precipicios?

No hacemos ningun mal. Pase; ¿pero qué bien, qué buenas obras se hacen para merecer el cielo? Y ¿quién de nosotros ignora que una vida ociosa y sin buenas obras es una vida reprobada? La higuera con hojas y sin fruto fué condenada al fuego; las vírgenes desprevenidas fueron condenadas; el siervo poco industrioso perdió la gracia de su amo. En materia de salvacion la misma inaccion es delito. ¡Ah, y cuánta verdad es que una preocupacion popular en favor del amor propio alucina y amodorra!

*El evangelio es del cap. 25 de san Mateo y el mismo que el día IV, pág. 86.*

## MEDITACION.

## DE LOS PELIGROS DE LA SALVACION.

## PUNTO PRIMERO.

Considera que mientras se vive en este mundo todo es peligros para la salvacion. No hay estado tan perfecto, no hay profesion tan santa, no hay empleo tan sagrado en que no se deba estar continuamente muy sobre aviso contra la malignidad del propio corazon. En todo hay peligros; y aun cuando faltaran en los estados, ¿qué edad hay en la vida que no dé mucho que temer?

¿Qué peligros en la juventud, cuando las pasiones lozanas á todo se atreven, todo lo atropellan! ¿qué estragos no hacen en un corazon tierno, bisono, sin defensivos y sin experiencia! Qué lazos en la edad mas avanzada, y en la varonil! y ¿qué raro es el que no se deslize en un paso tan resbaladizo, donde todo conspira contra la inocencia! La vanidad solicita, el amor á los deleites encanta, el torrente del mal ejemplo todo lo lleva tras sí. ¿Será fácil abrirse camino libre por medio de tantos enemigos?

La postrera edad no está mas exenta de los peligros por estar mas vecina al término. Rara vez se ven en la ancianidad grandes conversiones; cuanto mas se envejece el vicio, mas fuerzas cobra; las pasiones se hacen mas dominantes y menos dóciles. ¿Qué estragos no causan los malos hábitos en los corazones ya podridos y gastados!

Toda la vida está llena de peligros de la salvacion; el mismo mundo es todo peligro. Vivimos en pais enemigo; los caminos estan llenos de malos pasos; el aire que se respira es poco sano; todo es lazos, todo riesgos. Los objetos tientan, los ejemplos arrastran;